

res. Dignos, por tanto, de la admiración universal, son los católicos de diversas naciones, que para educar á sus hijos han fundado escuelas en que han invertido ingentes sumas, y las han sostenido con una constancia todavía más grande. Dondequiera que las circunstancias lo exijan, es fuerza imitar ejemplo tan santo; pero ante todo, téngase por sentado el principio, que en los ánimos de los niños influye sobremanera la educación doméstica. Si la edad tierna encuentra en el hogar un buen método de vida y una especie de palestra en que se ejercitan las virtudes cristianas, la salvación de la sociedad tendrá una garantía segura.

XI

“Parécenos haber indicado los puntos principales á que los católicos de nuestros días han de normar su conducta, los peligros que deben evitar. Tan sólo resta, y esto á vosotros toca, Venerables Hermanos, cuidar que Nuestra voz penetre por dondequiera y que todos entiendan cuánto importa llevar á cabo en la práctica los fines que en estas letras nos hemos propuesto. El cumplimiento de estos deberes no puede ser molesto ni oneroso, porque el yugo de Jesucristo es suave y su carga ligera. Si en la práctica algún punto pareciere demasiado difícil, con vuestra autoridad y vuestro ejemplo haréis todos los esfuerzos posibles para que los fieles despleguen mayor energía y no se dejen vencer de los obstáculos. Mostradles, como ya tantas veces Nós mismo lo hemos advertido, que están en peligro los intereses

más preciosos y apetecibles, por cuya conservación no hay trabajo que no deba parecer ligero, y que aguarda á estos trabajos la mayor recompensa con que pueda premiarse una vida cristiana. Por otra parte, negarse á combatir por Jesucristo equivale á luchar contra Él; y Él mismo ha dicho que negará delante de su Padre en el cielo á los que en la tierra hubiesen rehusado confesarlo delante de los hombres.

“Por lo que á Nós toca, y á vosotros todos, jamás sucederá, mientras nos quede un soplo de vida, que lleguen á faltar en la lucha Nuestra autoridad, Nuestros consejos, Nuestra acción. Tampoco hay que desconfiar de la singular protección de Dios, que asistirá, de seguro, mientras dure el combate, á ovejas y á Pastores.

“Animado de esta confianza, como prenda de los dones celestiales, y en testimonio de Nuestra Benevolencia, á Vosotros, Venerables Hermanos, y al Clero, y al pueblo todo á cada uno de vosotros sujeto, de todo corazón enviamos en el Señor la Bendición Apostólica.

“Dado en Roma, en San Pedro, el día 10 de Enero de 1890, año duodécimo de Nuestro Pontificado.

LEÓN PAPA XIII.”

Acostumbrados estáis, Hermanos é Hijos Nuestros, á oír en el púlpito las doctrinas que en esta última parte de la Encíclica se contienen. Nós mismo, apenas empezamos á apacentar este rebaño, os hicimos saludables advertencias é indicaciones acerca del papel que á los seglares compete en las luchas por la causa católica; y

tenemos la satisfacción de deciros que fueron escuchadas. También hoy hace un año, al pronunciar la homilía en el décimotavo aniversario de nuestra consagración episcopal, os encarecimos la necesidad de la unión con el Prelado, cualesquiera que sean sus defectos, y la conveniencia para vosotros más bien que para él, de guardarle en todas ocasiones el respeto, la reverencia y adhesión que todo buen súbdito debe tener á su Jefe. Os hicimos notar que en los países cuyos fieles se han mantenido agrupados en derredor de sus Prelados, como en la España Goda, en la Inglaterra moderna y en los Estados Unidos de América desde que se estableció la Jerarquía, el catolicismo ha progresado á pasos de gigante. Entonces, quizá nuestras palabras pudieron aparecer un alegato en causa propia: hoy que el Soberano Pontífice, con su voz autorizada, y ese estilo contundente pero suavísimo que lo distingue, hace á los fieles del Orbe entero las mismas recomendaciones, y á los Obispos encarga que las hagan llegar á los más recónditos rincones, hoy no tememos repetir las con toda la energía de que somos capaz, y con toda la confianza que nos confieren, además de nuestra propia autoridad, el apoyo y las órdenes del Vicario de Jesucristo.

El Señor ha repartido desigualmente sus dones, aun en aquellos que ha llamado á elevados puestos y sublimado á un alto grado de santidad. En el mismo apostólico senado, Pedro tenía la madurez de la ancianidad, Juan el vigor de la juventud, y éste y su hermano Santiago mostraban aquellos arranques que los hicieron apellidar *hijos del trueno*. Ni el primero ni los segundos estuvieron exentos de flaquezas; y si Pedro, olvidando

la mansedumbre del Apóstol, sacó la espada para herir al siervo del Pontífice, y más tarde negó á su divino Maestro, la madre de los dos hermanos se hizo intérprete de la ambición de entrambos, pidiendo para ellos el primer lugar en el reino de los cielos. Todos, empero, llenaron santamente su misión, gobernaron como siervos prudentes y fieles el rebaño que el Príncipe de los Pastores les encomendara; y cuando llegó el turno de cada uno, supieron padecer por Jesucristo. Inicuo hubiera sido echar en cara á Pedro sus flaquezas pasadas; ridículo y absurdo el menospreciarlo, porque al ir con Juan al sepulcro del Redentor, éste, como más joven, había corrido con paso más veloz, y llegado primero. Se habría juzgado indigno de llamarse cristiano, quien hubiera tachado á Santiago de temerario por haber sido el primero en sufrir el martirio, ó á Juan de cobarde porque no pereció en los tormentos y murió tranquilo en edad avanzada.

No piensan así, por desgracia, muchos de los que en el día se dicen católicos, y á ellos van dirigidas las palabras de León XIII que acabamos de comunicaros. También en los prelados del día resplandecen cualidades de géneros bien distintos, y se traslucen los defectos, inherentes á todo mortal. Aunque unidos íntimamente al Jefe Supremo, tienen, y pueden tener, opiniones diversas, ya sea en política, ya en literatura, ya sea en los métodos de enseñanza ó en el sistema de gobernar sus diócesis. Quién tiene el dón de la palabra, quién el de la prudencia; éste es joven y ardiente, aquél anciano y reposado; uno atrae al mundo lanzándose de lleno en la sociedad, otro lo edifica desde un retiro casi claustral.

El deber del súbdito es obedecer y obsequiar á su Jefe, aprovechándose de sus buenas dotes, y no convirtiendo en asuntos de censura, cualidades que vistas á la luz conveniente, brillarán con sin igual esplendor.

Pero la presunción humana hizo en Italia censurar á Pío IX por su firmeza, y luego á León XIII por su espíritu de conciliación. En Francia se libraron terribles batallas, siguiendo unos á los Prelados que amantes de la antigüedad, mandaban estudiar en sus colegios los clásicos paganos, y otros á los que pretendían que todo texto fuese de autor cristiano, aunque padeciese la estética y la erudición. En España no falta quien censure al Obispo que, haciéndose todo para todos, contemporiza con los gobernantes sean cuales fueren, ni quien lo tache de revoltoso si es apegado á las antiguas tradiciones. ¿Y qué ha ganado la Religión con estas acaloradas discusiones? ¿Qué ventajas han obtenido los que olvidados de la piedad filial, han alzado bandera contra sus verdaderos padres?

De igual manera, en otras regiones, el espíritu revolucionario que se ha infiltrado aun en aquellos que más celosos parecen de la autoridad, hace que se pierdan el respeto y aun las consideraciones sociales á aquellos que el Espíritu Santo ha designado para regir la Iglesia de Dios. Se presta oídos á toda clase de calumnias, de diatribas, de sátiras contra los dignatarios de la Iglesia; y ya descaradamente, ya bajo la máscara vil de la hipocresía, y aparentando buenos fines, se circulan por dondequiera, y se obliga á escucharlas aun á los que se esconden para no saberlas. Las mejores acciones se interpretan torcidamente, se pretende adivinar hasta las más

ocultas intenciones, y siempre de un modo perverso; las virtudes se desfiguran de tal manera que parecen vicios, los defectos se abultan de tal suerte que presentan la figura de monstruosos crímenes. Si el Prelado predica á Jesucristo con sencillez y sin flores retóricas, se le tacha de ignorante; y cuando llega alguno que cultiva las bellezas de la elocuencia, se le califica de mundano. Si ama el retiro, se le trata de salvaje; y si busca la sociedad, se le tacha de poco edificante. Si hace economías para la Iglesia se le declara avaro, y si embellece los templos, enriquece los seminarios, fomenta las escuelas, se le acusa de pródigo. Si gobierna desde el fondo de su palacio, se le echa en cara que abandona á los pobres que debiera visitar; y si se deleita en las pastorales visitas y procura conocer á fondo las necesidades de su grey, penetrando hasta los últimos rincones, se le proclama vago y disipado y aun se le prodigan peores calificativos. Nada hay que plazca en un jefe eclesiástico: la autoridad en él es despotismo; la severidad, barbarie; la piedad, hipocresía; la ciencia, vanidad; la actividad, codicia; la ternura, liviandad; la parsimonia, avaricia; el celo, rebeldía; la firmeza, tenacidad; la contemporización, cobardía. Á todas horas y en todas partes se le ataca, aun por los que más adictos se le muestran; y cuando la ocasión se presenta de formar contra él una facción, se aprovechan aun de la inconsciente complicidad de santos varones, cuya inocente efigie graban hipócritas en su rebelde bandera. La experiencia, Hermanos é Hijos Nuestros, os prueba que no exageramos; y el reinante Pontífice condena la conducta de los que así obran, y los exhorta á la obediencia y al respeto.

En efecto; aun prescindiendo de las luces que el Espíritu Santo envía al Sumo Pontífice para el gobierno de la Iglesia universal, y á los Obispos para el régimen de sus respectivas diócesis, ¿qué particular posee los medios que la Augusta Cabeza de la Iglesia, ó los diversos príncipes de la Jerarquía eclesiástica, para llegar al conocimiento de la verdad en todos sentidos y mejor comprender los intereses del rebaño de Cristo? He aquí por qué os excita el Supremo Pastor á prestar vuestra obediencia y vuestro concurso á los espirituales Caudillos, no sólo en los puntos importantes, sino aun en aquellos que parezcan de interés secundario; y á no salir jamás de las filas, so pretexto de combatir mejor, porque á ellos toca dirigir la lucha, y es temerario el soldado que se arroga las funciones de capitán. Animados de este espíritu, y secundando las intenciones del augusto Jefe, ahora nuevamente expresadas con toda claridad, cuando no ha mucho, presuntuoso escritor quiso primero ser jefe de su Jefe, el Metropolitano de México, y se convirtió luego en adversario, todos los Prelados de la República nos levantamos á una y quebrantamos la cabeza del temerario. Si queréis, Hermanos é Hijos Nuestros, que la Religión cese de sufrir en nuestra patria; si queréis que nuestros enemigos no nos insulten ya con su sardónica risa, es preciso que os agrupéis en torno á vuestros Prelados, como os manda el Soberano Pontífice; y que con ellos, y á sus órdenes, sin pusilanimidad ni sobrada audacia, sin pereza pero sin temeridad, libréis las espirituales batallas.

No podemos despedirnos de vosotros sin repetiros las exhortaciones finales que os hace el Vicario de Jesucris-

to. Es tema favorito de nuestros discursos el recordaros que la Iglesia es indefectible, y que ella no padecé detrimento con vuestra defección. Pero también con frecuencia os inculcamos que el Señor abandona á las naciones que desprecian su Santa Ley, y las castiga permitiendo que pierdan el dón precioso de la fe, y con ella la paz y la civilización cristiana, y aun á veces su autonomía política. Por ese triste camino hace tiempo que marcha nuestra México en su ceguera, y no tardará en borrarse del número de las naciones católicas, si no se hace un esfuerzo supremo para atajar tamaños infortunios. El remedio no consiste en vanas palabras, ni en ese continuo jactarse de ser católicos, cuando los hechos no corresponden á los dichos. El Sumo Pontífice lo indica y Nós lo ponemos á vuestro alcance. La oración, la frecuencia de sacramentos, la caridad de Dios y del prójimo: he aquí por donde debéis empezar.

Notaríais, sin duda, desde luego, el caluroso llamamiento que hace el Padre común de los fieles á los padres de familia para que den á sus hijos una educación esmerada y cristiana. No podía llegaros en mejor ocasión. Bien sabéis que hace tiempo una secta audaz viene haciendo esfuerzos sinnúmero por arrebataros vuestros hijos, y dar sobre ellos la paternidad al Estado; la paternidad que sólo compete á los que los han engendrado; la paternidad que sólo los cobardes se dejan arrancar. No se trata de suplir negligencias ni de remediar errores; se contempla un verdadero robo, cual es el despojar á un padre de su prole y entregarla á manos extrañas que suministren á las almas letal ponzoña. Hasta aquí sus esfuerzos se han estrellado contra el buen sen-

tido de los gobernantes y legisladores. ¡Ah! Ellos también son padres y saben que es inferirles un ultraje inaudito el arrancarles á sus hijos de los brazos para educarlos de un modo contrario á sus intereses y principios. Confiamos en que este buen sentido seguirá animándolos en lo futuro, y que ningún interés, por grave que parezca, los hará cejar en la defensa de sus imprescriptibles derechos. ¿Qué diríais si el Estado se arrogase la prerrogativa de quitar á vuestros hijos de la mesa paterna y del regazo de la madre, para alimentarlos con viandas malsanas y con manjares venenosos? ¿Hay uno solo entre vosotros capaz de permitir semejante desmán? Pues mayor debe ser vuestro empeño en defender á vuestros hijos de peligros todavía de más peso, como que se trata nada menos que de privarlos de la eterna salvación. El Sumo Pontífice os lo ha dicho: nada ha de arredraros en esta lucha, y no por temor de perder un empleo, de caer de las buenas gracias de tal ó cual prócer, de que se menoscabe algún tanto vuestra hacienda ó vuestro rango, debéis alistaros en las filas de los que, más crueles que los tigres, se despojan de su prole y ceden su paternidad á hipócrita enemigo.

Pero de nuevo os lo advertimos con el Supremo Jefe: aun en esta lucha nada debéis emprender sin que vuestro legítimo Prelado os lo ordene y dirija. Él sabrá cuándo hay que hablar y cuándo es tiempo de guardar silencio; cuándo hay que marchar y cuándo hacer alto. De aquél tan sólo de cuyo rebaño formáis parte debéis pedir consejo y solicitar protección: el Espíritu Santo que lo ha puesto, aunque indigno, sobre vosotros, lo iluminará, como lo ha prometido; y á los extraños, aunque

más ilustres, más doctos, más santos, no ha ofrecido con respecto á vosotros igual asistencia.

Como acabamos de indicaros, una coincidencia, dispuesta quizá *non sine numine*, hace que os transmitamos los mandatos del Vicario de Cristo, relativos á la obediencia, veneración y reverencia debidas á los Prelados de la Iglesia, precisamente en el 19º aniversario de nuestra consagración. Ayudadnos á dar gracias al Señor por los beneficios que sobre Nós ha derramado durante este período, ya no tan breve, en que nos han cercado tribulaciones sin cuento, aun en medio de vosotros, y en que hemos tenido que sostener luchas reñidas, de que la Providencia nos ha sacado ileso y triunfante. Que este año nuevo que hemos pasado entre vosotros estreche los vínculos entre pastor y ovejas, que por parte del primero no se han aflojado, y que desea que el tiempo haga cada vez más indisolubles. Como prenda de nuestro amor, os enviamos, Hermanos é Hijos nuestros, además de la que os manda el Soberano Pontífice, nuestra propia Bendición.

Se leerá esta carta Pastoral *inter missarum solemnias* el cuarto domingo de Cuaresma, ó el *de Pasión*, en las parroquias adonde no llegare oportunamente. El mismo Domingo de Pasión cesan las dispensas concedidas en nuestro Edicto de 24 de Febrero, y vuelven á regir los preceptos comunicados en el Edicto Cuaresmal de 16 del mismo mes.

Dado en nuestro Palacio Episcopal de San Luis Potosí, á 12 de Marzo de 1890.

✠IGNACIO,

OBISPO DE SAN LUIS POTOSÍ.